



La Guerra del Golfo pasa por Morón

Por Miguel Ángel Gozalo

Cuando Adolfo Suárez descubrió el Estrecho de Ormuz —en una de esas ojeadas que, a pesar de la caricatura que de ellas hizo Charles Chaplin en «El gran dictador», lanzan los políticos con vocación universal sobre el globo terráqueo en momentos de honda responsabilidad— se llevó un susto mayúsculo. ¡Por allí venía el petróleo que hacía posible que los coches españoles circularan! Si alguien lo cerraba un día, España volvería a la tracción animal, y la transición española, ejemplar en tantos sentidos, quedaría seriamente afectada. Era cuando Suárez andaba metido en aquellas metáforas del fontanero, con la casa española llena de cables, tuberías y ventanas a medio abrir, que había que dejar como los chorros

del oro sin interrumpir el trabajo que dentro se hacía.

Han pasado algunos años, y he aquí que Suárez tenía razón. Un visionario fanático llamado Sadam Husein quiere quedarse con el Golfo Pérsico y ha empezado por merendarse un país, Kuwait. La ocupación de Kuwait es el comienzo de un designio islámico manifiesto: la creación de una gran nación árabe en torno a Iraq. El viejo escenario del Edén es, en el siglo XX, un país que, tras guerrear durante ocho años con su vecino Irán, en un conflicto que resucitó para la Historia el uso de las armas químicas, posee uno de los ejércitos más potentes de la tierra, dotado de material altamente sofisticado, que le ha sido servido por quienes ahora quieren derrotarle en el campo de batalla.

Desde el 2 de agosto de 1990, el mundo ha asistido a una compleja operación diplomática que, según la célebre definición del experto en arte militar Clausewitz, ha confirmado precisamente eso, que la guerra es la continuación de la política por otros medios. Los Estados Unidos han conseguido articular, con el paraguas de las Naciones

Unidas, la «última cruzada». Ante el fracaso del embargo decretado por el Consejo de Seguridad, para tratar de meter en cintura a Iraq y obligar a Sadam a retirarse de Kuwait, la presión ha ido en aumento. Una resolución, la 678, daba «luz verde» al uso de la fuerza para obligar al dictador iraquí a ceder su presa.

Ambigüedad calculada

La guerra abierta comenzó el 16 de enero. El hecho de que algunas fuerzas árabes hayan figurado en la coalición aliada de 28 países combatientes contra Husein, en la llamada «Tormenta del desierto», no disminuye las consecuencias que la guerra va a provocar en el futuro de las relaciones entre el mundo musulmán y los pueblos occidentales.

Las dos «bombas inteligentes» lanzadas sobre un refugio de Bagdad, que según el mando aliado era un bunker de comunicaciones, pero que estaba lleno de mujeres y niños, cuando se iba a cumplir el primer mes del conflicto, por uno de los aviones «invisibles» F-117 de los americanos, dio la medida de lo débil que es la frontera que separa los



apoyos a los aliados de las críticas contra la violencia de la guerra, «venga de donde venga». España es uno de esos pueblos que no saben definitivamente a qué carta quedarse en este conflicto latente entre árabes y aliados. Las bombas que con mortífera precisión dieron en el refugio de Bagdad resonaron en Madrid. Felipe González, el jefe del Gobierno español, hizo un alarde supremo de su ambigüedad calculada: pidió a Bush que suspendiera los bombardeos sobre la capital y las ciudades iraquíes y exigió una investigación internacional sobre el hecho. El día anterior, dieciocho altos cargos del Ministerio de Cultura habían pedido el alto el fuego y la retirada del apoyo logístico español a las fuerzas USA que, en una decisión nunca explicada, cargaban sus bombas en la base de Morón, en Sevilla.

Felipe González, quizá presintiendo lo que fatalmente se nos venía encima, había querido, inicialmente, salirse del escenario al grito de resonancias unanimes «¡Que guerreen ellos!». Para el presidente del



Adolfo Suárez acertó con el Estrecho de Ormuz

Gobierno español, el conflicto había empezado siendo «un conflicto regional», que debía ser solucionado entre los países árabes implicados.

Nadie le había hecho caso, por supuesto. La desafortunada definición mostró sus carencias cuando la escalada bélica subió de tono a lo largo del mes de enero y, a mediados de febrero, empezó a mostrar su verdadero rostro sangriento. La proclamada asepsia de los bombardeos, facilitada por el ocultamiento inicial de Sadam, que alimentaba a los árabes con la esperanza de una gran victoria, no era tal: cuando se echan bombas siempre hay muertos. Cuando la televisión comenzó a mostrar imágenes de niños heridos y mujeres calcinadas, la guerra alcanzó a las retaguardias.

Porque algunas de esas bombas que durante muchas noches habían caído sobre Iraq, habían sido embarcadas en España, que, lo quisiera o no el Gobierno —practicante de una política informativa resultantemente hermética—, estaba metida de lleno en el conflicto. Ello ha llevado a diversas maniobras en los partidos políticos. Empezando por el que sustenta a la mayoría



gubernamental, el PSOE, que arrastra como una losa el controvertido referéndum sobre la pertenencia a la OTAN y que ahora, en un más difícil todavía, ha prestado las bases españolas para los bombardeos y ha envuelto en la coartada de la «salida del aislamiento internacional» una decisiva colaboración bélica con los Estados Unidos.

Toque de silencio

Desde el principio, el PSOE ha intentado ese difícil equilibrio entre sus compromisos pasados y su actual vinculación a los Estados Unidos y a Europa. Para dar sensación de unanimidad en sus filas, ha decretado toque de silencio. Cuando un alto militar, como el almirante López de Arenosa, criticó el hecho de que a la Armada no se le haya dejado combatir en el

puesto de más riesgo y fatiga, como mandan las ordenanzas, el ministro de Defensa ha hecho como que no ha oído bien. Los altos cargos del Ministerio de Cultura han dado la réplica en esta función: ellos han pedido al ministro Semprún —que ha calificado la conflagración de «guerra justa»— que cese su «apoyo logístico» a los bombardeos aliados y que España pida el alto el fuego.

Los demás partidos han tenido menos complicada la búsqueda de su propia identidad. Así, el Partido Popular ha moderado con más habilidad que lo hizo en el episodio de la OTAN la manifestación de sus convicciones desde esa perspectiva —al parecer, obligada en política— de no favorecer demasiado al adversario. Manuel Fraga, que creía que España debía seguir en la Alianza Atlántica, predicó, quizá erróneamente, la abstención

La proclamada asepsia de los bombardeos no era tal: cuando se echan bombas siempre hay muertos

en el absurdo referéndum decidido por el PSOE, en vez de escuchar el consejo que da Quevedo para que a uno le sigan las mujeres: ponerse delante de ellas. Ahora, José María Aznar ha estado más cauto, pero también más inteligible. Se ha puesto al frente de la manifestación, aunque recordándole al presidente socialista del Gobierno que no debe avergonzarse por estar al lado de las potencias aliadas, cumpliendo las resoluciones de las Naciones Unidas.

El mal llamado «bloque constitucional» por el «tercer hombre» del PSOE, José María Benegas, no ha tenido más remedio que aceptar que el más constitucional en política exterior, incluso por encima de los titulares gubernamentales, es ahora el PP. Fue significativo que en un debate sobre España y la guerra, celebrado en la primera cadena de TVE, no participara ningún representante del Partido Socialista, que se vio obligado, al día siguiente, a protestar enérgicamente por la exclusión. Pero más allá de este gesto hipócrita (porque TVE sigue siendo un coto que se controla desde la calle Ferraz) hay que reconocer que nadie mejor que Miguel Herrero y Miguel Roca para sacar a los colores pacifistas a Julio Anguita, el presidente de Izquierda Unida, única fuerza política que desde el comienzo del conflicto ha sostenido tesis totalmente contrarias a las posiciones aliadas.

Ni siquiera el CDS, aquejado de la vieja dolencia de la indefinición, se ha atrevido a sumarse al verbo inflamado del «califa» Anguita. Si Suárez no quiere verse atrapado definitivamente en su difícil Estrecho de Ormaz actual, no tiene más remedio que hacerle la segunda voz al PSOE hasta que esta tragedia de la guerra del Golfo pase de una condenada vez. ■

Miguel Ángel Gozalo es periodista. Subdirector de *Diario 16*. Perteneció al Consejo Editorial de NUEVA REVISTA.